

QUESTENBERG. — Es de todo punto incomprendible que no advierta la proximidad del enemigo.

OCTAVIO. — No penséis, acaso, que yo, por medio de artificios engañosos ni de bajas complacencias, me haya atraído su favor, ni que con palabras hipócritas haya ganado su confianza. Son mis guías la prudencia y el deber, que me imponen mi patria y mi soberano, y así, oculto mi pensamiento. ¡Jamás le he engañado con mentiras!

QUESTENBERG. — Es una visible protección del cielo.

OCTAVIO. — No sé lo que tan poderosamente lo atrae y encadena á mi hijo y á mí. Siempre fuimos amigos y hermanos de armas; la costumbre de tratarnos, aventuras comunes nos unieron ya desde un principio... aunque puedo yo señalar el día, en que de repente se abrió para mí su corazón, aumentándose su confianza. Fué la mañana anterior á la batalla de Lützen. Un sueño importuno me obligó á buscarlo, y á ofrecerle otro caballo para la pelea. Lo hallé dormido, lejos de las tiendas, y á la sombra de un árbol. Cuando lo desperté y le conté mi propósito, me contempló admirado largo tiempo; luego me abrazó mostrando una emoción que no merecía mi leve servicio. Desde ese día me persiguió su confianza en la misma proporción en que le retiré la mía.

QUESTENBERG. — ¿Pondréis también á vuestro hijo al corriente de vuestro secreto?

OCTAVIO. — ¡No!

QUESTENBERG. — ¿Cómo? ¿Y no le advertís siquiera en qué malas manos se encuentra?

OCTAVIO. — He de confiarlo á su propia inocencia. El disimulo es incompatible con un alma sincera, y sólo su ignorancia puede darle la libertad de espíritu indispensable para inspirar al Duque confianza.

QUESTENBERG. (Con recelo.) — ¡Mi digno amigo! Tengo del

coronel Piccolomini la opinión más favorable... pero... si... reflexionad que...

OCTAVIO. — Es menester aventurarse... pero ¡silencio! que viene.

#### ESCENA IV.

LOS MISMOS y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. — ¡Él sí, él mismo es! ¡Mi querido padre! (Lo abraza, y al volverse ve á Questenberg, y se retira con frialdad.) ¿Ocupado, según observo? No quiero importunaros.

OCTAVIO. — ¿Cómo así, Maximiliano? Mirad más atentamente á este huésped. Un antiguo amigo merece más atenciones, y más respeto un enviado de tu Emperador.

MAXIMILIANO. (Con sequedad.) — ¿Questenberg? Bien venido seáis, si traéis algo bueno á este cuartel general.

QUESTENBERG. (Tomando sus manos.) — ¡No retiréis vuestra mano, Conde Piccolomini! No la estrecho sólo por mí, y bastante digo con esto. (Apretándole las dos.) ¡Octavio... Maximiliano Piccolomini, nombres de buen agüero y salvadores! La dicha no huirá jamás de Austria mientras estos dos astros, fecundos en bienes y propicios, brillen sobre sus ejércitos.

MAXIMILIANO. — Os apartáis de vuestro papel, señor Ministro, porque no habéis venido aquí para alabar; sé que vuestra misión es gruñir y censurar... No quiero preferencias en mi favor.

OCTAVIO. (A Maximiliano.) — Viene de la corte, no en todo tan contenta con el Duque como lo estamos nosotros.

MAXIMILIANO. — ¿Hay que hacerle acaso algún nuevo cargo? ¿Porque él solo resuelve lo que él solo comprende? ¡Sea en buen hora! Hace bien, y hará bien en continuar lo

mismo. No es su índole acomodarse y doblegarse servilmente á los demás, porque esto es contrario á su carácter é imposible para él. Tocóle en suerte un alma de Soberrano, y su cargo es también para mandar. ¡Fortuna es para nosotros que así sea! A pocos es dado el gobernar, y emplear su razón útilmente... Conviene á la generalidad que haya uno que sirva á miles de hombres de punto central y de sostén... que sea á modo de fuerte columna, en la cual puedan apoyarse con placer y seguridad. Ese es Wallenstein; y aunque hubiese otro preferible para la corte... no serviría para el ejército.

QUESTENBERG.—¿Para el ejército? Sí, sí, es verdad.

MAXIMILIANO.—Y regocija, sin duda, observar la animación, la energía, la vida que infunde en cuanto lo rodea, cómo cada fuerza se ostenta á su soplo, y á su contacto acrece cada facultad. Y al mismo tiempo que hace brotar las prendas más relevantes de cada uno, las naturales, y las engrandece, sin desfigurarlas, sino dejándolas tales cuales son, sólo se cuida de que ocupe cada uno su lugar correspondiente, y de este modo se apropia las virtudes de los demás.

QUESTENBERG.—¿Quién le niega el don de conocer á los hombres, y de sacar partido de ellos? Sólo que, mandado, se olvidó de servir, como si su dignidad fuese hija de nacimiento.

MAXIMILIANO.—¿Y no es acaso así? Tiene todas las cualidades naturales para lograrlo, y además la voluntad necesaria para dirigir esas cualidades al fin de desenvolver su talento para el mando, y ejercer su altísimo cargo.

QUESTENBERG.—En resumen, pues, sólo debemos á su generosidad cuanto somos y cuanto valemos.

MAXIMILIANO.—Los hombres extraordinarios necesitan confianza, también extraordinaria. Facilítadle los medios, y él mismo llegará al fin.

QUESTENBERG.—Pruebas de esto hay.

MAXIMILIANO.—¡Así son ellos! Les asusta todo lo profundo, y sólo lo superficial les agrada.

OCTAVIO. (A Questenberg.) — Mostraos condescendiente, amigo mio; no ha terminado todavía.

MAXIMILIANO.—Se acude á él cuando la necesidad apremia, y llena de miedo cuando se muestra tal cual es. Lo no común, lo más elevado ha de igualarse á lo vulgar. En campaña lo presente está siempre erizado de peligros... Menester es mandar en persona, verlo todo por sí mismo. El General necesita de toda su grandeza natural. Concédasele, pues, vivir rodeado de grandezas... Consulta el oráculo que palpita en su interior, no libros viejos, ni antiguas prescripciones, ni papeles mohosos.

OCTAVIO.—¿No despreciemos, hijo mio, las antiguas y rigurosas prescripciones! Son de valor precioso é inestimable, porque sujetan la imperiosa voluntad del hombre á la ley del deber; lo arbitrario es siempre peligroso, y la senda del orden, aunque á veces escabrosa, lleva derecha á su fin. En línea recta va el rayo, y la bala terrible del cañón; corren rápidos, por el camino más corto, se abren paso destruyendo, para destrozarse también al término de su carrera. ¡Oh hijo mio! El destino del hombre, el de la diécha, sigue el curso de los ríos, las desordenadas revueltas del valle, gira en torno de los sembrados y de las colinas cubiertas de viñedos, respetando los límites y señales de la propiedad particular... y así, aunque más tardío, llega también más seguro á la meta.

QUESTENBERG.—¡Oh! Escuchad á vuestro padre; escuchadlo, porque si es un héroe, es también un hombre.

OCTAVIO.—En tí habla el hijo de la guerra, hijo mio. Una campaña de quince años te ha educado hasta ahora... ¡Tú no conoces la paz! Y vale, oh mi hijo, más que la guerra, y el objeto de ésta no es ella misma. Los hechos más gran-

diosos y deslumbradores de la fuerza, los sorprendentes milagros del momento, no son los que proporcionan la dicha, ni durable y tranquilo bienestar. Pronta y apresuradamente levanta el soldado su ligera ciudad de tiendas; bullicio y animación, un instante, reinan en ella; el mercado le da vida; caminos y ríos se ven cubiertos de los artículos más variados, y el tráfico se agita; pero llega un día en que las tiendas desaparecen de improviso, las hordas guerreras se alejan, y el campo se queda solitario, como un cementerio, y pisoteados los surcos, y perdida la cosecha.

MAXIMILIANO.—Dejad, oh padre, que haga la paz el Emperador. De buen grado daría yo todos los laureles de la guerra por la primera violeta que nos trae Marzo, perfumada prenda de la tierra rejuvenecida.

OCTAVIO.—¿Qué te sucede? ¿Qué te conmueve ahora de repente?

MAXIMILIANO.—¿Que yo no he visto nunca la paz?... La he visto, anciano padre; vengo hace poco de verla. La vida, oh padre, tiene también sus encantos, que ignoramos... Hasta ahora sólo hemos recorrido las costas desiertas de la vida feliz, á modo de piratas errantes, que, encerrados en su estrecho y oscuro buque, habitan en las soledades de la mar, con sus costumbres feroces, sin conocer de la tierra inmensa más que las bahías, propicias á sus desembarcos fortuitos y á sus rapiñas. De lo más precioso que oculta en sus valles interiores... ¡oh! de esto, nada hemos visto en nuestra navegación desenfadada.

OCTAVIO. (Mirándolo con atención).—¿Acaso lo has visto en este viaje?

MAXIMILIANO.—Era el primer descanso de mi vida. Decidme: ¿cuál es el fin y la recompensa de mi trabajo, del penoso trabajo que consume mi juventud, que deja desierto mi corazón y sin goces á mi espíritu, desnudo de

toda gala? Porque el ruido atronador de este campamento, los relinchos de los caballos, los toques de la trompeta, la hora siempre uniforme del servicio, el ejercicio de las armas, las voces de mando... nada seductor ofrecen á mi corazón. No llegan hasta el alma estas ocupaciones sin sentimiento... Existe otra dicha y otras alegrías.

OCTAVIO.—Mucho has aprendido en tan corto trayecto, oh hijo mio.

MAXIMILIANO.—Día bienaventurado será aquel en que al fin el soldado vuelva de nuevo á la vida, al seno de la humanidad; en que las banderas se desplieguen en plácida pompa, y la grata marcha de la paz nos lleve hacia nuestro hogar; cuando todos los cascos y uniformes se adornen con verde ramaje, último despojo de los campos. Las puertas de las ciudades se abrirán por sí mismas, y será inútil el petardo para hacerlas saltar; y llenas estarán las murallas de gente pacífica, que prorrumpen en alegres vítores... Y tocarán á vuelo las campanas de las torres, anunciando el ocaso del día sangriento. De aldeas y ciudades saldrá en tropel muchedumbre aclamadora, embrazando con afectuosa importunidad el paso de las tropas. El anciano, apretando las manos de su hijo, ya de vuelta, se alegrará de haber vivido hasta ese instante; y como un extraño entrará el ausente en su propiedad, largo tiempo abandonada; y, á su regreso, lo cubrirá con sus frondosas ramas la vara, que doblaba á su salida fácilmente. Doncella ya, saldrá vergonzosa á su encuentro la hermana que quedaba en brazos de su madre. ¡Oh! ¡Feliz aquel, para quien una puerta se abra, y más feliz aún si brazos delicados han de oprimirlo dulcemente!

QUESTENBERG. (Conmovido).—¡Oh! ¡Que habléis de una época remota, y no de mañana, y no de hoy!

MAXIMILIANO. (Volviéndose hacia él con prontitud).—¿Quiénes, acaso, lo impiden, sino vosotros los que estáis en

Viena? ¿He de hablaros con franqueza, oh Questenberg? Cuando os vi aquí, el desagrado oprimió mi corazón con violencia... Vosotros, sí; vosotros sois quienes os oponéis á la paz. El guerrero ha de traerla por la fuerza. Vosotros acibaráis la vida del Príncipe, dificultáis todos sus proyectos; vosotros lo deslustráis... Y ¿por qué? Porque le es más cara la ventura de Europa, que unas cuantas aranzadas de tierra más ó menos, que ha de poseer el Austria... Lo tratáis como á un rebelde, y Dios sólo sabe lo que maquináis, porque perdona á los sajones, y porque se propone inspirar en el enemigo confianza, único medio de conseguir la paz. Si la guerra sucede á la guerra, ¿cómo podrá venir la paz?—¡Andad, pues, andad! Así como amo el bien, así también os aborrezco... Y aquí me obligo solemnemente á derramar por él mi sangre, por Wallenstein, la última gota de mi corazón, antes que os congratuléis de su caída. (Vase.)

### ESCENA V.

QUESTENBERG.—OCTAVIO PICCOLOMINI.

QUESTENBERG.—¡Ah de vosotros! ¿Así estamos? (Insistiendo con impaciencia.) Y ¿lo dejamos ir en este error, y no le llamamos para abrirle aquí mismo los ojos?

OCTAVIO. (Saliendo de una meditación profunda.)—Él ha abierto los míos, y más de lo que quisiera.

QUESTENBERG.—¿Qué es eso, amigo?

OCTAVIO.—¡Maldito viaje!

QUESTENBERG.—¿Cómo? ¿Por qué?

OCTAVIO.—¡Venid conmigo! Debo seguir esa huella des-

venturada, verla con mis mismos ojos... Venid... (Quiere llevárselo.)

QUESTENBERG.—¿Qué hay, pues?... ¿Adónde?

OCTAVIO. (Empujándolo.)—¡Hacia ella!

QUESTENBERG.—Hacia...

OCTAVIO. (Reponiéndose.)—A ver al Duque. Vamos. ¡Oh! Todo me lo temo. Envuélvelo ya la red, y él no ha venido como se fué.

QUESTENBERG.—Explicadme tan solo...

OCTAVIO.—Y ¿no podía yo haberlo previsto? ¿No debía haber evitado este viaje? ¿Por qué se lo oculté?... Teníais razón, debí advertírselo... y ya es tarde.

QUESTENBERG.—¿Por qué es tarde? Reflexionad, amigo mío, que me proponéis verdaderos enigmas.

OCTAVIO. (Más repuesto.)—Vamos á ver al Duque. Venid. Acércase la hora de la audiencia. Venid... ¡Maldito, tres veces maldito sea ese viaje! (Se lo lleva y cae el telón.)